



450 ANIVERSARIO DEL COLEGIO NUESTRA SEÑORA DE LOS INFANTES

**Homilía del Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo en la
S. I. Catedral Primada
9 de mayo de 2007**

1. Saludo y agradecimiento por la historia del Colegio

Queridos hermanos, amigos: Hoy es un día grande, día de gozo y de alegría, día de acción de gracias a Dios, Padre de la misericordia, por las grandes obras que Él a lo largo de cuatrocientos cincuenta años ha realizado en el Colegio de Nuestra Señora de los Infantes, cuyos orígenes se remontan al Cardenal Silíceo. Su vinculación con la Catedral, desde su fundación, para formar a los Seises, hace de esta institución algo muy entrañado en la diócesis, simbolizada en la Iglesia Madre diocesana. Tiene no solo una larga e ininterrumpida historia, la más amplia y permanente de todas las instituciones educativas de Toledo, sino también una historia muy luminosa siempre para formar niños, hombres de futuro, buenos cristianos, que dijeran culto a Dios en la Liturgia, centro y culmen de los beneficios de Dios y de humanización del hombre. Todos, pues, nos unimos en una gozosa acción de gracias a Dios por tantísimas pruebas de amor que Dios mismo ha tenido con cuantos formamos el Colegio, a lo largo de esta historia. y digo formamos, porque yo también me incluyo en él.

2. Recuerdo y memoria de la Virgen, Nuestra Señora de los Infantes, y comentario a las lecturas

Tenemos esta celebración en el comienzo del mes de mayo, mes de la Virgen María, patrona del Colegio en su advocación de Nuestra señora de los Infantes, venimos a decirle también a Ella, bajo cuya protección ha estado siempre nuestro querido y entrañable Colegio: que le queremos, que le admiramos, que le estamos sumamente agradecidos, que siempre este Colegio ha estado bajo su protección y amparo, que necesitamos su ayuda, que deseamos escucharle e imitarle, con la ayuda de su Hijo, sin el que nada podemos hacer. Ella es Madre, que nos ha dado al Autor de la vida. Ella es dichosa porque ha creído. En Ella Dios, el Poderoso ha hecho obras grandes. La esclava o sierva del Señor ha sido elevada a la suprema dignidad de ser la Madre de su Hijo único. Ella proclama la grandeza del Señor porque ha hecho maravillas. Ella es nuestra esperanza. Vosotros, niños y jóvenes de manera especial, tenéis en ella el camino del futuro. Seguidla. Queredla. Abridle vuestro corazón. Escuchad la en aquello que les dice a los criados en las bodas de Caná: "Haced lo que El os diga". y así tendremos el vino nuevo de la manifestación del poder de Dios, el vino del Evangelio de Jesucristo, el vino de la vida nueva, del amor y de la alegría que es Jesús, ese vino que espera la humanidad entera que está sedienta de Evangelio, que aguarda con impaciencia la verdad y la luz que sólo de Cristo se puede recibir, y que es la base de toda educación, de todo cuanto entraña y significa aprender a ser hombre. Acudid a la Santísima Virgen María, Madre de Jesucristo y Madre nuestra, Ella está atenta a las necesidades de los hombres y acude solícita al encuentro de los hombres para ayudarles.

Acudid a María y os encontrareis con Cristo, Vid verdadera. Permaneced unidos a Cristo y daréis fruto. Fruto de amor. Fruto de vida y esperanza. Fruto de unidad. Separados de Cristo, estamos dispersos y sin savia. Por nosotros no corre la savia de la vida que nos une a los demás. Necesitamos a Cristo. Necesitamos de El para dar los frutos de buenas obras que el mundo y cada uno de los hombres estamos necesitando. Necesitamos de El. Sin El nada podemos hacer. Necesitamos de El, de manera especial, para vivir y permanecer en el amor y en la unidad. Cristo es el secreto del hombre, sólo Él sabe lo que hay en el corazón del hombre, -"He aquí al hombre", leemos en el evangelio de San Juan-. En Cristo tenemos el secreto y la verdad de la educación del hombre.

3. Educadores cristianos. La Escuela Católica

Cumplo también con el gratísimo deber de dirigirme a vosotros, educadores, incluyendo también a los padres como a los maestros, a toda la comunidad educativa, para expresaros mi más sincero y leal agradecimiento, y en vosotros, también a cuantos a lo largo de siglos, han educado en nuestro colegio diocesano de Nuestra Señora de los Infantes. Y, junto con mi agradecimiento, mi aliento para que sigáis impulsando con la misma generosidad y esperanza como hasta ahora, y si cabe acrecidas, la educación cristiana de los niños y de los jóvenes, de importancia tan fundamental para la

misión de la Iglesia y para la vida de la sociedad civil –sociedad civil- con los criterios y orientaciones que señala la Iglesia para la Escuela Católica. A escuela cristiana, maestros cristianos. No temáis, no os echéis atrás, no ocultéis la luz cristiana en vuestras clases, en vuestras relaciones en el claustro, con los padres, con la sociedad, con los alumnos; no dejéis la fe al lado, como si no tuviera con ver con las ciencias, con las lenguas, con las matemáticas, con la historia, con la gimnasia o el deporte. Tiene que ver con todo, y no se separa de nada, salvo del error o del extravío de Dios y de la verdad. Como fe y razón van unidas, así la labor tan hermosa y grande de la educación, de la Iglesia. ¡Gracias por vuestra labor! ¡Animo! ¡Adelante! Sé que reclamáis ayuda, formación, acompañamiento. La Diócesis de Toledo va a ofrecerla. Hay un proyecto que anuncio ya: Un centro superior para la formación y actualización de cuantos cristianos os dedicáis a la nobilísima tarea de la enseñanza. Lo pongo en las manos de Nuestra Señora de los Infantes, para que se lleve a cabo en el momento oportuno.

4. Criterios para la escuela católica

Nuestros criterios en la escuela católica son los que, en efecto, señala la Iglesia, presidida por el Sucesor de Pedro, el Papa, y los Sucesores de los Apóstoles, los Obispos, y siempre –nunca lo olvidemos- en una estrecha e inquebrantable comunión. Ahí está la garantía de nuestra supervivencia. Al margen de esa comunión no hay futuro para la educación, para la escuela católica.

El Colegio de Infantes es una escuela católica. Estoy persuadido de que vivimos unos momentos muy importantes para la escuela católica. Creo que es su gran hora. Si no existiera habría que crearla. La situación que estamos viviendo, con una quiebra de humanidad lacerante y, al mismo tiempo, con un anhelo de una humanidad nueva y renovada, y el futuro de una cultura nueva que, o será verdaderamente humana y religiosa, o no será, nos hacen pensar en el papel tan importante que está llamada a desempeñar la escuela católica. Debemos ofrecer en nuestros centros una verdadera alternativa a la enseñanza que se ofrece en otros centros, para contribuir a una renovación de la sociedad desde la aportación original y humanizadora del Evangelio. Claramente desde la fe en Jesucristo, la fe de la Iglesia, y, como he dicho, en estricta comunión con ella. Sabemos que haciéndolo así no contravenimos, sino que ampliamos y consolidamos lo humano y el bien común, como la fe ensancha la razón. No tengamos miedo a ofrecer y defender con todas las consecuencias y exigencias, sabiendo que estamos defendiendo el derecho fundamental humano a la verdadera y plena libertad de enseñanza. A veces tendremos que ir contracorriente; tal vez estemos en un momento de caminar contracorriente, pero ese caminar es absolutamente necesario por el bien de nuestros alumnos, de nuestras familias, de nuestra sociedad amenazada. Cuando está en juego el bien de la persona, su desarrollo integral, el futuro de la sociedad, una verdadera antropología y liber-

tades y derechos fundamentales, habremos de remar contracorriente o vientos adversos, sin desmayar. Esto cuesta, pero, la fidelidad al Evangelio, que es fidelidad a los hombres, lo reclama y está por encima de todo. Nos reclama algo fundamental: debemos ir a favor del hombre y no podemos ir contra la entraña de la escuela católica. No podemos admitir que se nos impongan como obligatorios objetivos, contenidos o evaluaciones que estén en contradicción con el carácter propio de la escuela católica, informado por la fe y la moral católica, y la visión cristiana del hombre y del mundo, que no contradice, sino que afirma y potencia, la verdad de la razón. Nadie a la escuela católica, de la que los padres esperan una educación propia y por ello la han elegido en libertad, le puede obligar a hacerlo, si no es vulnerando el derecho a la libertad de enseñanza y a la libertad religiosa.

Como dijo Juan Pablo II, en la canonización de san Enrique de Ossó, “es preciso que los padres y madres cristianos sigan afirmando y sosteniendo el derecho a una escuela católica, auténticamente libre, en la que se imparta una verdadera educación religiosa, católica y en la que los derechos de la familia sean convenientemente atendidos y tutelados. Todo ello redundará en beneficio del bien común, ya que la instrucción religiosa contribuye a preparar ciudadanos dispuestos a construir una sociedad que sea cada vez más justa, fraterna y solidaria”.

La escuela católica es y debe ser un espacio de libertad, un ámbito de educación integral, con un proyecto educativo claro, transparente, que tiene su fundamento más propio y firme en Jesucristo. No se trata de una vaga inspiración cristiana, sino de un colegio cristiano en todo su proyecto, en todas sus enseñanzas, en todas sus realizaciones. La escuela católica pone en el centro la exigencia fundamental de todo educador cristiano: transmitir la verdad no sólo con las palabras, sino también testimoniarla explícitamente con la propia existencia. Asegurando una enseñanza escolar de calidad, la escuela católica propone una visión cristiana del hombre y del mundo que ofrece a los niños y jóvenes la posibilidad de un diálogo fecundo entre la fe y la razón, el encontrarse con la verdad, apoyarse en ella, ser guiados en todo por ella. La escuela católica no es un gueto, sino espacio de universalidad, que entraña asentarse en la verdad. Es su deber transmitir valores a asimilar y la verdad a descubrir con la conciencia y la certeza de que todos los valores humanos encuentran su plena realización y en consecuencia su unidad en Cristo. Una escuela al servicio de la verdad que nos hace libres y se realiza en el amor, ofreciendo toda la luz y todo cuanto comporta Jesucristo, que es la verdad en persona, no algo abstracto e irreal. No es una creación del hombre, no es una ideología.

La transformación e incertidumbre cultural, la mundialización de los cambios, el pluralismo de la sociedad, la relativización de los valores, el escepticismo y subjetismo imperantes, el relativismo moral y de conocimiento, o la tan preocupante desintegración del vínculo familiar, generan en los niños y

jóvenes una viva inquietud que se refleja en su modo de vivir, de aprender y de proyectar su futuro. Un contexto así nos invita a la escuela católica a proponer un verdadero y propio proyecto educativo que permita a los niños y jóvenes no sólo adquirir una madurez humana, moral y espiritual, sino empeñarse también en la transformación de la sociedad, preocupándose de colaborar en la venida y establecimiento del Reino de Dios entre nosotros. Para ello la escuela católica, con toda nitidez y empeño, habrá de estar en condiciones de ofrecer su verdadera y original contribución al mundo, el tesoro escondido del Evangelio, para edificar la civilización, la ciudadanía del amor, de la fraternidad, de la solidaridad y de la paz, que siempre se basa sobre la verdad, la libertad, la justicia y el amor. En el centro de todo, la persona humana, la dignidad de todo ser humano, el establecimiento de los derechos humanos fundamentales que no los crean los poderes humanos, ni surgen del consenso entre los hombres, ni de las mayorías parlamentarias, sino que precede a todo ello y que están inscritos en el mismo ser del hombre. Un cáncer que corroe la educación, como a la sociedad y la cultura de la que con frecuencia es reflejo la escuela, consiste tanto en el relativismo gnoseológico y moral, como en el olvido de la verdad de la persona, de la verdad del hombre, inseparable de Dios, en el olvido de la naturaleza, de lo que corresponde al hombre por el hecho de serlo, en el olvido de la razón o en su reducción a la razón sola, con sus patologías o, más en concreto, a la razón científico-técnica ya la razón práctico-instrumental. No se puede educar al hombre, cuando, por ejemplo, se le reduce a una antropología derivada de una concepción del hombre sólo como libertad, como decisión, como subjetividad separada de la verdad.

Habremos de poner todo nuestro interés en que nuestra enseñanza sea competente en todos los aspectos técnicos, científicos, pedagógicos, profesionales. Con menos medios tenemos que ser capaces de ofrecer más calidad de enseñanza y más rigor. Pero esto es insuficiente. Ante todo, hemos de buscar que nuestra presencia sea eminentemente evangelizadora. Evangelizar es humanizar, es educar; evangelizar es llevar a cabo la obra de renovación de la humanidad con hombres y mujeres nuevos con la verdad y novedad del Evangelio; evangelizar es ayudar a aprender el arte de vivir, de ser hombre, en conformidad con quien es la verdad del hombre: Jesucristo. Por ello la escuela católica evangeliza educando y educa evangelizando. Consciente de la nobleza y de la dificultad de enseñar y de educar hoy, pido con todas mis fuerzas y aliento con todo mi ser a los que están embarcados en la escuela católica -padres, profesores y maestros, directores- que alimenten la esperanza de los jóvenes y que, por ello, se empeñen en proponer inseparable y simultáneamente la adquisición de un saber cuanto más amplio y profundo sea posible, y una educación exigente y perseverante en la verdad, en la verdadera libertad humana, y en la introducción al más elevado y exigente ideal concreto, como es Jesucristo y su mensaje evangélico. Llevar a los alumnos al encuentro con la persona de Jesucristo es lo mejor que podemos ofrecer en el campo de la educación, con la mediación escolar;

y es, por ello, una gran contribución al servicio de lo que es la escuela. Una escuela católica evangelizadora es una verdadera revolución en el mundo y en la sociedad; debería serlo, no lo está siendo, para desgracia de la escuela y para la desgracia de la sociedad. Cuando de verdad la escuela es católica, cambia el mundo. Si más del veinte por ciento de la escuela en España es católica, debería notarse y reflejarse en una humanidad nueva, en una verdadera transformación social y cultural. No es confesionalismo, no es ningún afán de poder.

A medida que los colegios han entrado en una reglamentación oficial y profesional cada vez más minuciosa y exigente –a veces más burocrática- tenemos el peligro de dejarnos absorber por el trabajo de la enseñanza pura, o por atender a las exigencias de reglamentación y de formación cultural de los alumnos. Incluso aunque les demos una visión cristiana de la cultura, y aunque tengamos algunas actividades pastorales, y unos complementos, esto no es suficiente, seguramente no llega al nivel de lo que requiere una verdadera evangelización en el ámbito educativo. Hay que atreverse a evangelizar. Los colegios tienen que ser soporte y ocasión de una acción o presencia eclesial clara, directa y decididamente evangelizadora, dirigidas a la conversión personal y profunda de los jóvenes al cristianismo, a partir de la cual se les pueda ofrecer una formación espiritual y una introducción práctica a la vida cristiana integral. La escuela católica, nunca lo olvidemos, está llamada a ser una comunidad dinámica de fe –palabra de Dios, oración, sacramento, vida en común expresión de la caridad, signo cristiano- en estrecha relación con la pastoral diocesana. Los colegios son colegios de la Iglesia, siempre colegios de la Iglesia y, por tanto, colaborando estrechamente con la Iglesia diocesana. Habrá de contribuir desde su misión y cometido propio a la iniciación cristiana integral de niños, adolescentes y jóvenes. Y esto no rompe la identidad de lo que es una escuela, porque una escuela católica no es una parroquia.

No podemos olvidar, por lo demás, que cualquiera que sea la estructura escolar, los padres son y serán, permanecen siempre, como los primeros responsables de la educación de los hijos. Siempre la escuela, también la católica, actúa subsidiariamente en relación con los padres, que, por el derecho que les asiste han pedido este tipo de educación, que les ofrece la escuela católica, también en libertad de creación y oferta de su carácter propio. La Iglesia misma y el Estado somos subsidiarios de la familia. La escuela católica y las familias deben unir sus esfuerzos educadores, sobre todo en este tiempo en el que el tejido familiar es tan frágil. Corresponde a la comunidad educativa promover esta colaboración con las familias, a fin de que los padres tomen conciencia de modo renovado de su misión y papel educativo y sean asistidos en su tarea fundamental, pero también a fin de que el proyecto educativo y pastoral de la escuela católica se adecue a las legítimas aspiraciones de las familias.

Una de las tareas evangelizadoras más apremiantes de la escuela católica es facilitar el diálogo de la fe con una cultura no cristiana. Nuestros jóvenes no van a vivir en un invernadero. Por esto nuestros Colegios han de prepararlos para vivir con serenidad y seguridad en un contexto real, que van a encontrar en la Universidad, en la sociedad en general. Prepararles para ser agentes de difusión de la cultura cristiana, capaces de escuchar, de dialogar, de convencer, de anunciar y hacer presente el Evangelio en las realidades de la vida, donde se juega la suerte y el futuro de los hombres y de la sociedad. Estando al servicio del diálogo entre la Iglesia y la comunidad de los hombres, empeñándose en promover el hombre en su realidad integral, la escuela católica recuerda al pueblo de Dios el punto central de su misión: permitir a todo hombre dar un sentido a la propia vida haciendo emerger el tesoro escondido que está en él, e invitar así a la humanidad al proyecto de Dios manifestado en Cristo Jesús. Son muy iluminadoras, a este respecto las enseñanzas de Juan Pablo II en su encíclica *Fides et Ratio*, o del Papa Benedicto en su discurso de Ratisbona. También habremos de tener muy en cuenta otros documentos de la Iglesia, como, por ejemplo el recentísimo – todavía no conocido públicamente- de la Conferencia Episcopal sobre "La Escuela Católica".

En consonancia con todo ello, pues, la escuela Católica ha de plantear muy prioritariamente sus objetivos formativos y pastoral es de todo el conjunto en vistas a un cristianismo vivido, activo, hasta militante, es decir a hacer posible la educación integral de hombres y mujeres que, en cuanto católicos, se hagan presentes en la sociedad para renovarla desde dentro con el Evangelio de Jesucristo.

Confiamos la fecundidad de nuestro Colegio de Infantes a la Santísima Virgen María, su patrona. Os invito a dejaros instruir por Cristo, recibiendo de Él que es el Camino, la Verdad y la Vida, la fuerza y el gozo de cumplir la misión entusiasmante y delicada de este Colegio de Infantes para el que pedimos un futuro conforme al querer de Dios.

Tomado de:

<http://www.architoledo.org/arzobispo/Cartas%202007/20%20Homilia%20Infantes.htm>



